

MAR PETRYK

HASTA QUE

DEJE DE

DOLER

MAR PETRYK

**HASTA QUE
DEJE DE
DOLER**

VIOLETA

Su sangre humedece mi ambo azul, lo pega a mi cuerpo.

El vaivén de las puertas me muestra cómo se aleja, inconsciente, al ritmo de las órdenes desesperadas y la fina línea entre la vida y la muerte.

—Hiciste todo lo que pudiste y sin estar preparada. Nadie improvisa como tú, lo hiciste genial. —Morgan aprieta mi hombro—. Vamos, lo dejas en buenas manos. Cámbiate y ve a casa, Galeno. Hace más de veinticuatro horas que no duermes.

Asiento sin mirarlo. Por alguna extraña y asfixiante razón estoy atada, condenada a mirar el pasillo blanco y luminoso por donde desapareció.

Y el silencio me aturde de nuevo cuando mi colega se despide.

«No pude, mi amor, no supe vivir sin ti... Lo lamento, Sammy, lo lamento... tanto».

No fue su voz rota y gastada lo que erizó mi piel, no, fue su mirada. Esos ojos ámbar llenos de dolor, un dolor que traspasa las barreras de lo físico, la clase de agonía que hace que desees estar muerto.

«Estoy contigo ahora, vas a cuidar de mí...».

Una presión conocida estruja mi pecho, me impide respirar. Me obligo a moverme. Necesito salir antes de que las paredes me engullan.

Restriego su sangre de mi piel, me cambio el uniforme por otro limpio. Saco mis pertenencias del casillero y subo a un taxi sin procesar la noche.

Mi teléfono vibra.

Gracias por cubrirme. Me dijeron que estuviste excelente. Sabía que me harías quedar bien.

Leo el mensaje de Angus tres veces, la adrenalina navega mi sistema. Trabajar en el sector de emergencias del hospital es siempre una inyección de epinefrina, sí, pero no se compara con salvar vidas desde un helicóptero en medio de un operativo policial.

Escribo:

Nunca más.

Dejo caer la cabeza en el respaldo, observo al conductor a través del espejo retrovisor hasta que mis ojos se cierran. Y entonces veo los suyos, esas piedras del color de la miel al sol pidiéndome perdón, suplicándome que lo cuide. No. No a mí, a *Sammy*.

«Hiciste tu trabajo, impediste que se desangrara hasta morir. Lograste que llegara a cirugía. Cumpliste tu parte. Desconecta. Desconecta, Violeta».

Bajo del auto, mi estómago ruge. ¿Cuándo fue la última vez que comí?

Apoyo la frente en el ascensor, creo que me duermo parada. Pongo un pie en el octavo piso, me arrastro hasta el departamento A.

—Iba a preguntar qué tal estuvo la experiencia, pero tu cara me lo dice todo.

Cierro la puerta, tiro las llaves en un cuenco, la mochila en el piso y me desplomo sobre el sofá.

—Eso... no es lo mío.

—Eso fue increíble para tu carrera. ¿Una médica novata en un operativo policial que paró el maldito país? ¿Me estás jodiendo?

—Suenas sensacional, pero te recuerdo que no me eligieron. Fui un reemplazo de último momento. Y no soy una novata, llevo años en la medicina, solo que en otra rama.

—Te *eligieron* para ser el reemplazo de último momento, por algo será...

Alan se sienta a mi lado, su fornido cuerpo ocupa la mitad del sofá. Me apretuja. Lo observo, el cabello corto y negro algo despeinado, para no perder la costumbre, los ojos claros rojos de cansancio. Tan adulto y a la vez el mismo niño de siempre.

—¿Y vos? ¿Aprovechaste mi ausencia para estudiar o trajiste alguna de esas amiguitas que se roban mi ropa interior?

Resopla.

—Fue una vez. Le rompí la tanga en un momento pasional, me sentí culpable después... ¿Vas a recordármelo de por vida?

Sonrío.

—Cada vez que tenga la oportunidad.

Me despeina y terminamos dándonos manotazos como dos críos.

—Estudié. Este es mi año, voy a aprobar ese examen y haré una fiesta que explotará las ventanas. Ya vas a ver.

—Avisame para no estar.

—Existe algo que se llama divertirse, Violeta Galeno. ¿Conocés el concepto? Creí que lo habías aprendido en la escuela secundaria. ¿O no eras la que bailaba arriba de las mesas cada sábado?

Reúno la poca fuerza que me queda para golpearlo con un almohadón.

—No te conviene desempolvar recuerdos, *zunguita*. Tengo un arsenal más grande que mi culo.

—¿Tan grande?

Otro golpe, y alza las manos dando por perdida la batalla.

—Hay *pizza* fría por si tenés hambre y un par de oídos geniales por si necesitás dejar este día atrás.

Suspiro, media sonrisa tira de mis labios.

—Sos odioso e increíble.

—¿Al mismo tiempo?

—Al mismo tiempo.

—Pocos tienen ese talento...

Disfruto de la paz al lado de la única persona incondicional en mi vida, quien me rescató del silencio, quien me ayudó a encontrar la superficie, a respirar.

No hay sirenas, ni gritos o el rugido de los helicópteros, solo paz. Solo... nada. Y a veces la nada es todo.

—Andá a bañarte, apestás.

Lo miro de reojo.

—¿Te lo decís a vos o a mí?

Se tapa la nariz, finge descomponerse.

—Tenés olor a hospital. Mugre, antisépticos, sangre, sudor, cansancio.

—Un olfato muy sensible para un cirujano...

Levanto una pierna amagando con ponerme de pie.

—Metete en la ducha antes de que te arrastre yo mismo. ¡Y comé! No quiero que desaparezcas, por alguna razón que no comprendo me agradás.

—Porque la *pizza* fría me llenará de nutrientes...

—Es mejor que el café que consumís como agua.

Le despeino más el cabello, se queja como hace veinte años. Me levanto, dejo las zapatillas en cualquier lado y me encierro en el baño.

—¡No escucho la ducha!

—Pervertido... ¿No tenés nada para hacer? Calentarme la *pizza*, por ejemplo.

—Lo hago si me cosés las medias.

—¡Me encanta la *pizza* fría!

—Por favor, te lo suplico... Me pinché tres veces esta mañana.

Río por lo bajo mientras me desnudo.

—Es ridículo... Pensá que estás haciendo una sutura.

—No funciona, lo intenté...

Suspiro con dramatismo para que se escuche.

—Te coseré un par, si esa *pizza* sabe a recién hecha.

—Tenemos un trato, Galeno.

El agua hirviendo relaja mis músculos, pretende llevarse los remanentes de la noche.

Intento no pensar en nada, termino pensando en todo. Todo lo que extraño, lo lejos que estoy de casa, las ausencias, las presencias, lo que perdí, lo que gané, lo que encontré, lo que busco... ¿Qué busco?

Como la *pizza* tibia en la cama, en ropa interior, con una serie sobre un grupo de médicos donde todo luce mil veces mejor que la realidad.

La madrugada me encuentra mirando la alfombra de mi cuarto. No puedo dormir, a pesar de que llevo más de un día despierta y el cansancio afloja mi cuerpo.

Y las lágrimas afloran, son rebeldes y egocéntricas.

Y me siento sola.

Y quiero mirar el cielo, pero no hay estrellas. Esta noche no brilla para mí.

Y esa canción que compone la banda sonora de mi vida da vueltas en mi cabeza, cierra sus dedos dulces alrededor de mi garganta.

*Cuando lo haces lo mejor que puedes, pero no tienes éxito
Cuando consigues lo que quieres, pero no lo que necesitas
Cuando te sientes tan cansado, pero no puedes dormir
Atascado en marcha atrás*

*Y las lágrimas bajan como un torrente por tu cara
Cuando pierdes algo que no puedes reemplazar
Cuando quieres a alguien, pero se echa a perder
¿Podría ser peor?*

¿Podría ser peor? Sí, siempre puede ser peor.

Busco el celular debajo de la almohada, giro hasta quedar boca arriba. Paseo entre los contactos, encuentro su número y escribo:

¿Puedes averiguarme cómo está el paciente Vincent Hamilton? Ingresó hace unas seis horas con una herida de arma blanca en el abdomen, lateral izquierdo, *shock* hipovolémico y politraumatismo.

Rachel responde media hora después.

Fuera de peligro. No tocó ningún órgano vital. Por lo que leo, también le dieron una buena golpiza. Ya está en una habitación individual. Tardará en recuperarse del todo, pero los cirujanos parecen optimistas.

Respiro por primera vez en toda la noche.

Gracias. Te debo una.

Suspiro, miro el techo.

Me debes unas cuantas... Sabes que me encanta lo humana que eres, linda, pero tienes que dejar de hacer esto. Deja de involucrarte así. Haz tu trabajo, deja que el resto de tus colegas haga el suyo. Lo digo por tu bien, Violeta, aprende a alzar el muro antes de que sea demasiado tarde.

Sopeso sus palabras cuando vuelvo a enterrar el teléfono bajo la almohada.

¿Cómo? ¿Cómo se hace?



Tendría que estar entre las sábanas, dándome unas buenas seis u ocho horas de sueño, pero estoy aquí, mirándolo a través del cristal.

«Deja de involucrarte así».

Entro a la habitación, el sonido estable de su respiración me tranquiliza. Me acerco a la camilla, lo observo. La sábana hasta la cadera, el abdomen vendado, sueros, el rostro pecoso magullado, la barba un poco descuidada, el cabello castaño claro sobre los hombros, los ojos ámbar dormidos.

«Estoy contigo ahora, vas a cuidar de mí...».

Me pregunto qué caricias extraña su piel ligeramente dorada, qué voz anhela escuchar y confunde con la mía, cuántas veces intentó aprender a vivir sin ella.

«Estás conmigo ahora, voy a cuidar de ti».

«Deja de involucrarte así».

Me siento en la silla a su lado, fijo la mirada en el subir y bajar de su pecho.

Cumplo mi promesa en silencio.